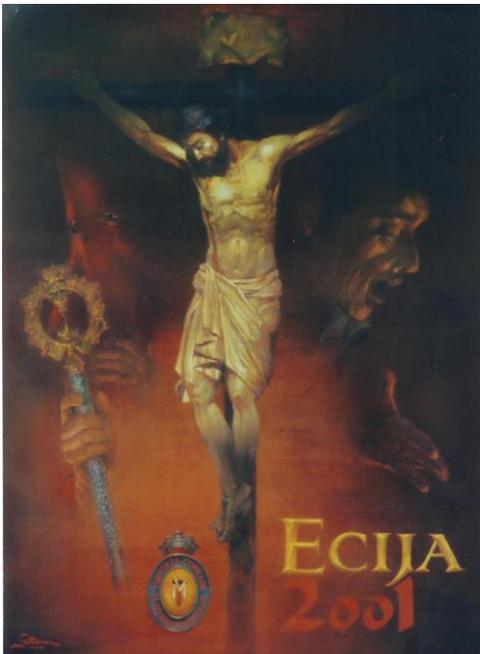


SOBRE LAS SAETAS. ARTICULO ESCRITO POR EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, publicado el 30 de Marzo de 1885 en LA ILUSTRACION ARTISTICA, número 170.

**Marzo 2018
Ramón Freire Gálvez.**

Oiga querido lector, que es verdad, que sí, que faltan solo unos días para que llegue la primavera y así, el día 25 de este mes, celebraremos el Domingo de Ramos, tan ansiado para nosotros los cofrades. Y además le digo una *cosita*, hay que estrenar algo dicho día, en todos los miembros de nuestras familias.



Yo, tengo que reconocer, que mi gozo puede ser mayor a otros, pero estará usted conmigo, que después de ver *in situ*, los velos y ropaje negro de la guadaña sobre mi vida en el verano pasado, a poder disfrutar y ver la luz primaveral, envuelta en aromas de azahar que sobre Écija pervive, ya me dirá usted si no es para estar más que gozoso, y si además, estreno *algo*, aunque sean calcetines de ejecutivo o una camisa blanca, con ello me daré con un canto en los dientes.

Pero a lo que íbamos. En mí búsqueda incansable de los trabajos literarios de nuestro ilustre y brillante paisano Benito Más y Prat, no podía dejar de recuperar el que ustedes van a compartir y disfrutar, dedicado a **LAS SAETAS**, ese canto tan especial de Andalucía hacia sus Cristos y Vírgenes, cuando llega la tan querida y nuestra, Semana Santa.

La fotografía que acompaño, que lo hago como público homenaje a la tertulia cofrade ecijana "*El Hermano Martillo*", es una reproducción del cuadro presentado el año 2001 por dicha tertulia, dedicado en aquella ocasión al Señor de la Sangre y que tuve el honor de exaltar en la Parroquia Mayor de Santa Cruz.

Por todo ello lo que sigue he querido publicarlo y mandarlo antes de que llegue mañana, Domingo de Ramos, domingo de luz, azahar y palmeras, ojos brillantes de nuestros niños, que no habrán dormido, por los nervios, en toda la noche, acercándose y acompañando con Hosannas a Jesús subido en un pollino, recuerdo, en mí, de mi primera procesión en la Borriquita del Carmen Salesiano, con una palmera en la mano hace cerca de 60 años y así fue como lo escribió y describió el citado Mas y Prat:



“LAS SAETAS. Así como se conservaban en los cantos rapsódicos de la Grecia las aventuras de los dioses, las *saetas*, rapsodias populares de los Evangelios, conservan en la imaginación del pueblo andaluz, vivos y con sus tristes colores, todos los detalles de la gran epopeya del Gólgota, observándose en sus ligeras, y muchas veces imperfectas estrofas, los toques magistrales de esa musa sencilla y apasionada a la vez que vive en medio del arroyo y suele usar el légamo sin mancharse.

La saeta es pura y simplemente una cuartetilla de arte menor, casi siempre aconsonantada, que el pueblo andaluz canta a las imágenes en las cofradías con un tono melancólico y apasionado, difícil de señalar con notas y claves.

No sabemos a quién se debe tan propia y original denominación, pero sí puede asegurarse que hubiera sido difícil hallar otra más adecuada. La saeta es rápida, corta el aire silbando y, si llega a penetrar en la carne viva, hace que brote a torrentes la sangre; el cantar popular así llamado es ligero y agudo, sube al espacio como la saeta y penetra en el corazón de los que poseen la viva fe cristiana, haciéndoles recordar el sangriento episodio de la Pasión y Muerte de una manera desgarradora y casi palpable.

Generalmente, la saeta cantada, se oye teniendo ante los ojos esas imágenes que el cincel de Roldan, de Cornejo o de Montañés dejaron a los templos de la Bética y cuyo asombroso

realismo hace estremecer observado a la brillante luz de lámparas y candelas. Una Dolorosa de bellísimo rostro, con el corazón



atravesado por siete espadas de plata y mostrando en sus ojos las lágrimas de la angustia suprema; un Cristo desnudo y enclavado en el leño, con las lacias guedejas cayendo sobre la frente y el costado abierto y destilando sangre; una escena del Calvario, en fin, en la que no falta, para que la ilusión sea completa, ni los movibles lienzos que sirven a José de Arimathea para hacer más fácil el descendimiento, ni los útiles que permiten a sus compañeros dominar el árbol del suplicio, son incentivos suficientes para que esos melancólicos

y agudos cantares tomen vida y color y penetren en el corazón y en la cabeza.

La tradición justifica estos desahogos populares, que se han manifestado siempre, con más frecuencia en el campo de las creencias religiosas. En los célebres Rosarios del siglo XVIII, los campanilleros, y aun los mismos devotos que alguna que otra vez andaban a farolazo limpio, solían cantar los llamados *trovos*, composiciones piadosas y ligeras de las cuales he dado muestra en otro lugar. Estos trovos se adaptaban perfectamente a la cristiana tarea de acudir al rosario del alba con los colosales faroles de asta que tan bien



traslado al lienzo mi amigo el pintor andaluz García Ramos en el magnífico cuadro vendido en Paris, hace pocos años, por algunos miles de francos y titulado *El Rosario de la Aurora*. De tan piadosas coplas es la siguiente, que estereotipa de gracioso modo la época de Pan y Toros:

El demonio, como es tan travieso
me tiró una piedra y rompió un farol
y salieron los padres franciscos
y lo apedrearon por el callejón.

Casi a la misma época pertenecen las saetas del *pecado mortal*. Antonio Flores, que en sus preciosos cuadros del siglo pasado nos ha conservado las más conocidas y usuales, las llama así, citando el reglamento de la Hermandad de María Santísima de la Esperanza, establecida en la corte: reglamento que prevenía a los señores hermanos: "echasen algunas saetas que en verso breve encerraran un aviso moral capaz de despertar a los pecadores del sueño del vicio."



En realidad, las saetas del *pecado mortal*, no son las que en Andalucía se tienen por tales, y más bien pueden llamarse sentencias o avisos cantados que coplas rapsódicas propias de la tradición popular cristiana. Acaso fueron posteriores a las verdaderas saetas de Semana Santa y se llamaron así porque los que las cantaban eran legos también y lo efectuaban a cielo abierto; pero es más verosímil que estos avisos o sentencias se derivasen de las coplas de las novenas de animas, supuesto que hermanos de animas eran los llamados *pecados mortales* en muchos pueblos de Andalucía.

He aquí algunas de las saetas citadas por Flores:

De parte de Dios, te aviso
que trates de confesarte,
si no quieres condenarte.

Hombre que estas en pecado,
si en esta noche murieras
mira bien a donde fueras.

Restituye y paga luego,
que una moitaja no más
de este mundo sacarás.

La gula engruesa los cuerpos
con sus regalos profanos,
para cebo de gusanos. etc., etc.

Estas saetas, avisos o sentencias eran cantados por las noches después del toque de queda por los hermanos *pecados mortales*, que salían a recorrer las calles, entonces oscuras como boca de lobo, provistos de una linterna o farolillo en cuyos cristales se veían pintadas las benditas ánimas del purgatorio.

Su voz triste y sepulcral, el silencio de la noche, las fantásticas pinturas de sus farolillos y la coincidencia más o menos frecuente de morir uno o más de los vecinos a quienes su terrible aviso había profetizado la catástrofe, dieron a estos hermanos tan medrosa nombradía que al oír sus *saetas* temblaba hasta el más barbado. Flores, pinta con mucha gracia los miedos populares causados por *el pecado mortal*. Oigámosle:

“La boticaria, por de contado, la noche que pasaba el *pecado mortal* por la puerta de su casa dormía mal o no dormía y estaba deseando que amaneciera. De lo cual, y por eso dice el refrán que no hay mal que por bien no venga, no se alegraban gran cosa los practicantes —entonces mancebos de botica— porque, a buen seguro que si ella había oído *la saeta de la gula* les hacía ayunar por fuerza.”



El reglamento a que se refiere Flores, da la definición exacta de la saeta al preceptuar que ésta debe de ser *en*

verso breve; tal condición y la de brotar de entre la multitud como la vira que escapa de la ballesta cuando se halla presente el objetivo, nos induce a creer que la copla rapsódica de la Pasión y Muerte, que aún hoy se canta en todos los pueblos andaluces, es la verdadera saeta.

Las más sentidas y melancólicas suelen oírse siempre en las cárceles. Esto no es extraño; no hay más que hojear el cancionero de Lafuente Alcántara para comprender como el sentimiento de la libertad el espíritu hiere las cuerdas de la lira en esos asilos del crimen y de la desgracia.

¡De qué le sirve al cautivo,
tener los grillos de plata
y las cadenas de oro,
si la libertad le falta!

Esto canta el pobre preso que, en los días de Semana Santa, restaña sus propias heridas con el recuerdo de los terribles sufrimientos del mártir del Gólgota, muerto en cruz por redimir al cautivo y consolar al triste. Cuando las cofradías pasan severas y silenciosas ante las rejas de la cárcel se entabla una especie de pugilato entre los penados que



desean desahogar sus pechos cantando. Las Dolorosas predilectas, los Cristos cuya advocación les es más simpática, levantan de aquel montón de cieno humano esas blancas mariposas de la oración que suben al cielo sacudiendo sus alas y

dejando la larva en el estercolero del calabozo.

Siempre me han conmovido las saetas cantadas desde la cárcel y seguidas de ese ruido estridente (que producen los grillos al chocar de los movibles hierros enroscados como sierpes al talón de los condenados. *Odia al delito y compadece al delincuente*, se lee sobre la portada de muchas cárceles de Andalucía; esta leyenda tiene verdadera expresión el día de las tristezas, el Viernes Santo, cuando la conciencia del penado,

asomándose al abismo de sus propias debilidades, lanza profundos ayes y se abraza, como a tabla salvadora, a las creencias y dulzuras de los primeros años.

A las puertas de la cárcel de Écija, y en tanto que una de las imágenes más veneradas en dicho pueblo, pasaba ante las rejas, donde se agolpaban los presos como aves que picotean furiosas el alambre frío e insensible, oí por primera vez esta saeta:

En las rejas de la cárcel
al pasar el Nazareno le dije:
¡Jesús del alma!
iy al instante quedé absuelto!

Durante el tránsito de las cofradías, que tanto renombre tienen en el mediodía de España, el pueblo, cree que es la ocasión propicia de contar sus cuitas uniéndolas a las de los discípulos de Jesús o a las del Dios Hombre, y exclama, con cariñosa ingenuidad:

¡Mare mía e la Mercé,
tapadme con vuestro manto,
que me llevan *para el Norte*
por ser quinto de este año!

En general, las primitivas saetas de Semana Santa son trozos más o menos vivos del cuadro de la Pasión y vienen a satisfacer ese deseo latente en todos los pueblos, de exteriorizar y hacer palpables sus creencias religiosas. Ha llegado a dudarse de la existencia de Homero, asegurando que en los cantos rapsódicos se contenían todos los pasajes de la *Ilíada*. Poetas anónimos, que a veces dan muestra de unción cristiana y peregrino ingenio, han conservado de tal modo las tradiciones del Calvario que aun cuando desaparecieran los textos bíblicos siempre vivirían en la memoria del pueblo.



Klopstok, el Homero cristiano, hubiera sabido hallar en ellas los necesarios elementos para la máquina de su *Mesiada* sin necesidad de hojear los Evangelios, ni los escritos de los Santos Padres.

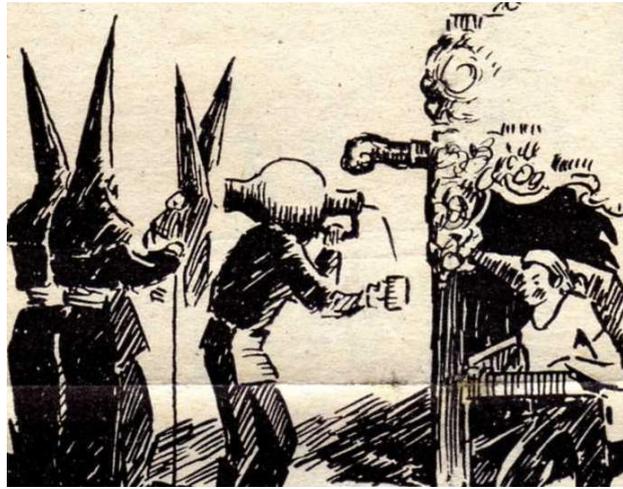


El romancero de la Pasión y Muerte existe en España aunque no suele correr en colecciones y libros vulgares, como el morisco y el histórico; acaso son derivaciones de él las saetas de Semana Santa. Comprueban esta opinión, los lugares comunes que suelen encontrarse en las poesías cultas, y los trozos de romances callejeros hoy existentes, que a vueltas de variantes e imperfecciones palpables revelan su antiguo origen.

He aquí un ejemplo:

Jesús, que triunfante entro
Domingo en Jerusalén,
por Mesías se aclamo,
y el pueblo todo, en tropel,
a recibirle salió.
Con muchos ramos y palmas
y jazmines y violetas,
se lo echaban por la tierra,
por donde el Señor pasaba
se abrían todas las puertas.
Las calles entapizadas
con muchos rasos y telas,
las capas se las quitaban,
tirándolas por la tierra
por donde el Señor pisaba.
Y todos en procesión
le siguieron muy contentos;
no te cause admiración,
que, ihasta los niños de pecho,
adoraban al Señor!

Como vemos por este trozo de quintillas bárbaramente asonantadas y con pronunciado sabor de romance contrahecho, este género de composición no pudo tener nunca la brillantez de la saeta inspirada por un solo afecto o una sola representación, en un momento determinado.



Voy a citar algunas de estas últimas composiciones para que pueda apreciarse la diferencia:

De las alas de un mosquito
hizo la Virgen su manto,
y le salió tan bonito,
que lo estreno el Viernes Santo
en el entierro de Cristo.

En la calle é la Amargura
hallé a una mujer de luto;
le pregunté: ¿Quién se ha muerto?
y me dijo: ¡El que hizo el mundo!

La corona del Señor
no es de rosas ni claveles,
que es, de espinas de zarza
que le traspasan las sienas.

Alguna que otra vez, el romance de Pasión y la saeta, se confunden de tal modo que es difícil separarlos. El trozo siguiente, que cantan mucho los nazarenos sevillanos, es una prueba de ello. Dice así:

Viendo Cristo, que su muerte
la tenía tan cercana,
llamó a su madre, prudente,
y con discretas palabras le dijo, etc., etc.

En general, las saetas se distinguen, siempre, porque expresan lo que presencia o siente el que las canta y no

tienen más trascendencia didáctica que la del momento. El devoto, ve que se mueven *los pasos o misterios*, y se hace la ilusión de que se entablan entre las figuras que los decoran secretas relaciones o correspondencias.

Por eso se dirige a las imágenes y canta:

Vuelve la cara María
y mira a tu hijo Jesús
qué *aceleraito* viene
con el peso de la cruz.

Ya le llevan ya le traen
por la calle e la Amargura,
atado de pies y manos
amarrado a la columna.

La Virgen de los Dolores
lleva el corazón partío,
de ver a su hijo amado
en el sepulcro metío.

Fácilmente se comprende que el rapsoda se fija aquí en el efecto que le producen las andas llevadas a hombros, porque de otro modo sería un dislate el texto de la segunda de estas saetas; pero atendiendo a tal circunstancia la copla copia la verdad sencillamente. También tiene la última fácil explicación recordando que al paso o misterio del Santo Sepulcro, siguen siempre las Dolorosas.



Aludiendo a tres jóvenes que en el Santo Entierro suelen hacer la estación, alhajadas y tocadas de modo propio para el caso, canta el pueblo esta saeta:

Ya vienen las tres Marías
con los cálices de plata,
arrecogiendo la sangre
que Jesucristo derrama.

Tampoco, sin tener presentes las imágenes, tendría color el cantar siguiente:

¿Quién me presta una escalera
para subir al madero
y desclavarle los clavos
a Jesús de Nazareno?

Algunas veces desaparece en las saetas el objetivo y queda solo la reminiscencia, pero de un modo gracioso y brillante:

Por aquí paso Jesús
antes que el gallo cantara,
con una cruz en los hombros
de madera muy pesada.

Cuando vayas a salir
avísamelo un día antes,
para empedrarte el camino
de rubíes y diamantes.

Ha influido mucho en esta manera particular de ver, la costumbre que existe aún en muchos pueblos andaluces,



de hacer las cofradías *a lo vivo*, o lo que es lo mismo, figurar que las imágenes se busquen, se saluden o se despidan, moviéndose en todas direcciones y como si obraran por voluntad propia.

El abuso de estas maniobras o evoluciones en aldeas y pequeñas localidades ha sido tal, que muchas veces se han sustituido las imágenes por seres vivos, no siendo extraño ver a San Juan Evangelista con capa de paño pardo, fumando un cigarro en la

sacristía antes de comenzar la carrera y a la Magdalena cortando sayos a las tres Marías con las vecinas de enfrente.

La una, sin embargo, no levantará los ojos del suelo durante el tránsito, y el otro, con toda la gravedad de un apóstol, justificara la letra de la popular saeta:

¿Dónde va señor San Juan,
con el dedo señalando?
¡Va en busca de su maestro
que lo están crucificando!

BENITO MAS Y PRAT “.

A través de internet, he aprovechado la mención que hace el autor, al pintor Vicente Flores, que su con categoría dejó para la historia algunos apuntes sobre la Semana Santa, sobre todo de Sevilla, para recogiénolas, ilustrar el contenido del presente. Respecto a la del Santo Entierro de Écija (blanco y negro), es una fotografía del ecijano Díaz Custodio, fechada en 1900, y las restantes (de imágenes ecijanas) que obran en mis archivos.

Y ahora qué decimos, comentamos o tertuliamos, ante tan brillante descripción que nuestro paisano Mas y Prat, hizo hace ya más de ciento treinta años, sobre las saetas en sí y que nosotros, los que estamos metidos desde pequeño y yo en particular, por el barrio donde nací, conocemos el sentimiento y sentido de ese popular canto de Semana Santa.

Y otra cosa les digo: Que entre lo que he escuchado muchas veces a mi amigo y catedrático de flamencología, Manuel Martín Martín, disertar sobre las saetas y el contenido del artículo de nuestro paisano Mas y Prat, he tenido la dicha de saber un poquito más sobre ellas.

Por ello quería compartirlo contigo/ustedes, para que su lectura nos sirva de catequesis ante la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo que nos disponemos, un año más, a vivir de forma intensa y familiar.

Y como siempre, que lo disfruten y compartan, mucho más en esta ocasión, que tan enraizado está su contenido con nosotros mismos, en esta bendita tierra de María Santísima.